

LABIOS SELLADOS por DOROTHY REVIER



BIBLIOTECA TRÉBOL

N.º 67

Publicación semanal PRECIO: 25 CÉNTS.

BIBLIOTECA TRÉBOL

SEALED LIPS 1925

LABIOS SELLADOS

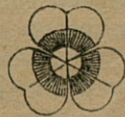
Versión literaria de la película de igual título,
magistralmente interpretada por los actores

Dorothy Revier y Cullen Landis

Exclusiva

CINEMATOGRAFICA VERDAGUER, S. A.

Consejo Ciento, 290 - Tel. 696 - Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 - BARCELONA

LABIOS SELLADOS

I

Magda Blake vive en una dulce ilusión de amor que embriaga su existencia, en la que hasta el presente no ha puesto el destino la menor desazón.

Su novio, Luis Howard, la adora, y ve en ella el compendio de todas las perfecciones con que soñara adornada a la mujer ideal. Es su idilio uno de los más bellos poemas de amor que se han escrito a besos en las almas enamoradas... En el jardín de su casa, testigo mudo de tan bellos instantes, ambos trazan planes bellos para un porvenir que se les antoja de color de rosa...

— Pronto podremos realizar nuestro ideal, querida Magda.

— Ciertamente, Luis. Sólo espero que mi padre tenga un momento libre para hacerle saber nuestro deseo de casarnos y suplicarle que fije la fecha que crea conveniente para nuestro enlace.

— ¡Qué felices seremos entonces!... Yo venderé mi coche de carreras y compraremos un

«roadster» que será el más indicado para efectuar nuestro viaje de novios.

— Nos iremos a Egipto, visitaremos el litoral africano y no dejaremos de ver las maravillas que España encierra como recuerdo del paso de los moros y de la estancia de los romanos... A mí me gustan los países que tienen un brillante pasado.

— Tú siempre tan romántica... Yo menos que tú, pero no te quiero llevar la contraria. Después de visitar los países de leyenda nos daremos una vuelta por los grandes centros industriales en los que radican los terrenos petrolíferos que constituyen la mayor parte de la fortuna de mi padre.

— Y a propósito de tu padre: ¿qué es lo que empezaste a contar ayer y que no pudiste terminar?

— Sencillamente que él, un hombre de suyo tan metódico y ordenado, observo desde hace una temporada que vende varios de sus más sólidos valores y los liquida rápidamente; tanto, que he llegado a sospechar que no haya sido presa en las garras del juego...

— Esto sería en realidad algo alarmante. Pero tú debes vigilar discretamente, y si tus sospechas se confirmaran, con cierta táctica y mucha prudencia advertirle del peligro que esta pasión funesta encierra para él y para ti.

— Precisamente esto es lo que estoy haciendo, y a medida que voy espionando todos sus actos me convengo más de que, efectiva-

mente, pierde en el juego grandes sumas, que pueden llegar a comprometer seriamente su posición mercantil.

— Referente a esto, querido Luis, me veo obligada a hacerte una confesión relativa a cierto detalle relacionado con mi existencia, y que seguramente tú debes ignorar. Yo quisiera que tú supieras cierta «cosa» de mi vida.

— Déjate de tonterías, Magda; no seas tonta, nenita. ¿Crees que yo puedo suponer que en tu vida haya algo oculto? Exijo que no vuelvas siquiera a insinuar este tema, porque si hoy lo he tomado a broma, otro día me vería en el caso de preguntarte si es que me crees capaz de dudar de ti.

— No se trata de algo directamente relacionado conmigo... Pero es un detalle referente a mi medio indirecto de vida, que tú debes conocer.

— No me importan tus medios de vida, ni naturalmente los de tu padre. Pronto todo correrá de mi cuenta y para nada tendrás que preocuparte.

— Pero, deja, Luis, que te explique...

— Es inútil. ¡Si insistes queda terminada nuestra tertulia, y me marcho de este jardín disgustado contigo, Magda!

En este momento ocurrió un suceso graciosísimo que cortó la conversación de los dos enamorados. El perro Flake, predilecto de Magda, se había ido entreteniendo en soltar las amarras que sujetaban la hamaca en que

los dos enamorados se hallaban sentados, y éstos dieron con sus cuerpos en tierra, riendo el lance. Y sin acordarse ya más de lo que les había ocurrido se dispusieron a pasar el resto de la velada, hasta que llegado el momento de despedirse lo hicieron en términos que no describimos, pero que no dejan lugar a dudas sobre si se querían o no los dos deliciosos muñequitos del retablo del amor...

Momentos después y mientras Luis se dirigía a su casa, Magda encaminóse al Club Bailey, suntuosa casa de juego que dirigía su padre, y de la que era propietario. A este secreto, que todo el mundo ignoraba, se refería la joven; pero sus deseos de comunicarlo a Luis ya hemos visto que se vieron rechazados por la negativa del joven a escucharla. En las habitaciones superiores del tal Club se hallaba instalada la vivienda de su propietario, Jaime Blake, como hemos dicho, padre de Magda, y hombre poseedor de una gran fortuna, toda ella amasada por la desesperación y la ruina de los clientes que frecuentaban su elegante casa de juego. Solamente Julio Garrett, hombre de su entera confianza y socio en el negocio de la casa de juego, estaba enterado al detalle del funcionamiento de la aristocrática timba.

Jaime Blake yace en el lecho, y la gravedad de su enfermedad le hace presagiar una cercana muerte. En tan apurado trance llama a su socio y le dice :

— Esto se acaba, Garrett. Cuando yo muera cierre usted el negocio y véndalo todo, cuanto antes mejor, que no quede ni rastro de este palacio del azar y de las lágrimas.

— ¡Qué lástima! ¡Tan saneados beneficios que produce y cerrarlo!...

— Es mi voluntad, y supongo que usted no se negará a obedecerme después de tantos años que hemos laborado juntos. Además, usted posee ya una sólida fortuna para que desee aún aumentarla a costa de los menesterosos y de los que juegan por placer.

— Cumpliré sus deseos : se lo prometo — replicó Garrett.

— Así lo espero. Ha de saber usted que he mandado llamar a mi hija, que a estas horas ya debe hallarse en camino para aquí. Mi mayor deseo es que todo el mundo ignore que su padre era un jugador profesional que se lucró de la desgracia y la ruina de muchas familias...

La respiración se hacía fatigosa y Blake dióse cuenta de que no llegaría tal vez a vivir el siguiente día.... Haciendo un esfuerzo continuó :

— Vele por ella, Garrett, amigo mío, y especialmente consérvela siempre lejos de este ambiente tan funesto para todo el que lo respira...

Mientras este interesante diálogo tenía lugar en casa de Jaime Blake, Luis Howard llegaba a su casa donde le esperaba su her-

mana Alicia, un verdadero capullo que sigue soñando aún que el mundo es un jardín donde sólo se cosechan flores, sin las espinas de la amarga realidad.

Allí se encuentra su padre, que por su afición al tapete verde se halla casi al borde de la ruina. Precisamente en el momento en que llega su hijo Luis está Alicia, su hermana, hablando con Jacobito Warren, su pretendiente.

Alicia habla de que ha conocido a un caballero ideal, que se llama Julio Garrett, del que hace grandes elogios. Como se comprenderá el tal Julio Garrett es el de la casa de juego donde le despluman cada noche a su padre, poniéndole en tan precaria situación que continuamente se ve obligado a liquidar las acciones de todos sus negocios.

Jacobito varía la conversación diciendo :

— Alicia, aquí tengo dos entradas para el teatro. Afortunadamente me ha telefoneado usted a tiempo para que pudiera conseguirlas.

— ¡Ah, magnífico! Usted siempre tan obsequioso, Jacobito. Es usted de lo más galante que he conocido.

— ¿Quién no es galante con una muñequita como usted, tan linda, tan seductora?...

No hace falta decir que Jacobito era pretendiente de la bella Alicia y que por ella, como vulgarmente se dice, andaba bebiendo los vientos. Pero la joven, llena su cabeza de las mil necias ideas de la primera juventud, no le hacía mucho caso, pues es desgraciada-



Magda y Luis vivían en una bella ilusión de amor

mente muy sabido que la jóvenes alocadas y sin experiencia no gustan de un hombre formalito, como es Jacobito, y, por el contrario, prestan atención al primer caballero de industria que se atraviesa en su camino.

Mientras Jacobito y Alicia hablaban distraídamente en el rincón del salón y el padre de Luis pensaba en las futuras combinaciones del juego que debía desarrollar aquella noche en la casa de Blake, un criado trajo el siguiente recado :

— La señorita Blake manda a decir que no vaya usted esta noche a su casa, pues se encuentra algo indispuesta.

Jacobito que, en su ingenuidad, se las da de tenorio invencible, exclama riendo y dirigiéndose a Luis :

— Valiente calabaza en toda regla... y con excusa. Tú no sabes tratar a las mujeres. A mí no hay ninguna que me deje plantado...

El alarde de invencible Don Juan de que hace tanta gala Jacobito tiene prontamente una réplica que le dejó atontado. Aparece un criado diciendo :

— El señor Garrett desea ver a la señorita.

El nombre de su rival, del que ha oído tantos elogios en boca de Alicia, cae como una granada que estallara a los pies de Jacobito, que no le conoce, pero que por los elogios de Alicia está plenamente convencido de que ha de ser un rival temible, y mucho más por deducir que ha conseguido ya interesar a la joven. En efecto, al aparecer en la puerta y correctamente vestido el famoso socio de Blake, a quien nosotros ya conocemos, y de cuyo medio de vida ya estamos en antecedentes, Jacobito lo examina de pies a cabeza y ve que se halla en evidente situación de inferioridad. Pero lo que más le enciende la sangre es que Alicia se desvive haciéndole los honores y prodigándole su más encantadora amabilidad, como indicándole el agrado con que le ve en su casa.

Jacobito, relegado a segundo término, quiere indicar por señas a Alicia que llegará tarde al teatro, y por fin, como la joven no le en-

tiende o finge no comprender sus aspavientos, le dice :

— Dése usted un poquito de prisa, porque vamos a llegar tarde al teatro...

— Es cierto, Jacobito, pero puede usted hacer una cosa : vaya usted al teatro con mi hermano y pasarán allí un rato agradable. Yo deseo conversar unos momentos con el señor Garrett, que me está explicando cosas muy interesantes... No en vano tiene fama de ser un excelente conversador.

— Como usted quiera, Alicia — se atrevió a insinuar, completamente vencido, Jacobito.

Entonces Luis, para devolverle la cuchufleta que se había permitido hacer Jacobito cuando llegó el recado de Magda, le dice en son de mofa :

— Me parece, Jacobito, que para luchar con este tipo, tendrás incluso que estudiar latín.

— Tienes razón, y desde esta noche las mujeres han muerto para mí. Ahora vamos a pasar la mejor noche de nuestra vida divirtiéndonos por todo lo alto.

Y volviéndose hacia el grupo formado por Alicia y por Garrett, Jacobito se despide secamente con un ¡buenas noches!, que no obtiene respuesta ni al repetirlo luego por segunda y tercera vez, aumentando siempre el tono de la voz.

El lugar elegido para pasar la noche fué el barrio aristocrático, y Jacobito gozaba la

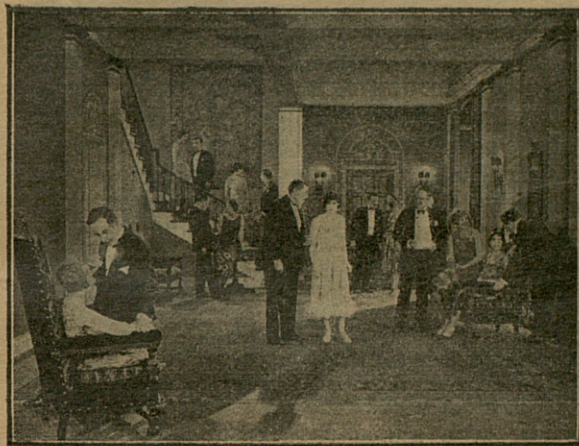
mar enseñando a su amigo los clubs elegantes, los restaurants más célebres y los establecimientos más refinados.

Como era de esperar le llegó el turno al establecimiento Bailey, que era, por decirlo así, la octava maravilla en lo referente a las casas de juego. Nadie podía sospechar que en las habitaciones superiores un hombre estuviera terminando una vida de continua zozobra que le había valido una fortuna.

Jacobito y su amigo penetraron en el grandioso salón de juego, donde en elegantes mesitas y rodeados de criados que servían constantemente cigarros y licores se jugaban grandes sumas bien vestidos caballeros y bellas damas que lucían joyas de gran valor y toillettes de exquisito buen gusto.

Por todas partes predominaba la nota de buen tono y distinción, pero las muecas que se dibujaban en los rostros de los jugadores denotaban claramente que en muchas de aquellas jugadas, la fortuna, la vida y el honor, sufrían serios reveses. Jacobito y Luis paseaban sus ojos curiosos de grupo en grupo admirando la belleza de las jugadoras, que con sangre fría aventuraban sumas enormes, que perdían impasibles, y sin que un solo músculo alterase su rostro... porque no era suyo el dinero.

Por una regia escalinata subieron al piso superior, donde, según creencia de Jacobito, se jugaba más fuerte. Cruzaron un corredor



El Club Bailey era en realidad una suntuosa casa de juego

en el que aparecían distribuidos con gusto cuadros de gran valor y objetos de arte. A ambos lados del mismo se veían las puertas de otros aposentos. Llamóles la atención a los dos amigos que en la puerta de uno de ellos se veía un cartelito que decía : « Se suplica el silencio ».

— Ahí deben estar jugando fuerte, puesto que no quieren que se les distraiga. ¿Y si abriéramos la puerta sin que nos vieran?

— Probémoslo — dijo Luis.

Jacobito, que hacía de cicerone, empujó lentamente la puerta y apareció a los ojos

de los dos amigos un espectáculo imprevisto. Jacobito quedó sin aliento y Luis no daba crédito a lo que veía.

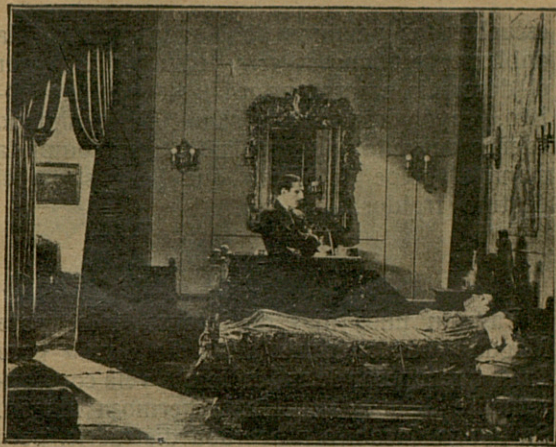
Junto a un lecho riquísimo yacía un hombre. Advirtamos al lector que se trataba de Jaime Blake y digámosle también que junto al lecho estaba Magda recibiendo el último aliento de su padre, que en aquellos tristes momentos le entregaba una joya recuerdo de la madre que murió en temprana edad, cuando acababa de nacer ella.

— Toma, hija mía, esta alhaja: es el único recuerdo de tu madre... Llévala siempre contigo, no la abandones jamás y cuida de que nadie sepa nunca quién fué tu padre...

Las palabras no llegaban a oídos de Jacobito ni de Luis. Este último interpretó la escena en muy diferente forma de lo que era en realidad, ya que al ver un hombre para él desconocido que entregaba una joya a Magda creyó que el que en aquellos momentos dejaba de existir era el amante de Magda, y al hallarla en aquella casa de juego acabó de robustecerse más su falsa creencia.

Herido por aquel golpe cruel que marcaba con un desengaño terrible el fin de sus sueños de amor, no halló otra manera de dejar estallar su cólera que diciendo a Magda con sarcástica y triste sonrisa, que más parecía mueca diabólica en su semblante :

— ¡Magnífico!... ¡Y yo que adoraba en ti a la mujer de mis ideales juveniles!...



Al sentirse morir, Blake llamó a su socio Garrett

— Pero Luis, por favor, deja que me explique y lo comprenderás todo...

— No es necesario : lo comprendo todo perfectamente... Ahora me explico el por qué no querías que fuese a tu casa esta noche y el motivo de tu indisposición.

— Pero Luis, escucha...

— No hacen falta más palabras. La joya que adorna tu garganta me lo explica todo...

— Te equivocas, Luis. La pena me ahoga las palabras, pero créeme... no es lo que tú te figuras...

— Basta de farsa. ¡Adiós para siempre!

— dijo airado Luis, y desapareció sin querer

escuchar las palabras de Magda, que herida doblemente por la muerte de su padre y por el desprecio e incomprensión de que era objeto, cayó desplomada sobre el inanimado cuerpo del autor de sus días. Era su completa ruina el golpe definitivo que la asestaba el destino traidor.

II

Pasaron unos días de intenso dolor para Magda y de suprema ansia de olvido para Luis, que a pesar de sus esfuerzos veía constantemente delante de él a la hermosa Magda. Su amigo Jacobito procuraba distraerle, pero también él por su parte tenía bastante pena con olvidar el desvío de que Alicia le hacía objeto, por la sencilla razón de que Garrett frecuentaba su trato y la galanteaba atraído por la fresca belleza de la jovencita.

Después de la muerte de Jaime Blake, su socio Julio Garrett, en vez de cerrar el negocio, según le había hecho prometer su ex socio, continuó explotándolo, y aun llegó a más su audacia. Aprovechando la depresión de ánimo de Magda y haciéndola creer que se trataba de hacer un último esfuerzo para redondear la fortuna que el juego producía, había conseguido el que la joven se prestara a tomar parte activa en el negocio, constituyendo con su belleza y su refinada elegancia el mejor atractivo de la casa de juego. Así era, en



Magda, esta joya es un recuerdo de tu madre...

efecto : a las veladas del Bailey Club les prestaba su mejor encanto la grácil silueta de Magda, que recorría las mesas, se enteraba de la marcha de las partidas y de las apuestas cruzadas, llevando el dominio completo del desarrollo de tan innoble industria y haciéndose obedecer de los varios jugadores profesionales que armaban el juego por cuenta de la casa, naturalmente... Pero, sin embargo, en varios momentos ya le había dicho a Garrett la hermosa Magda :

— Le repito a usted que no me encuentro bien aquí. Lo hago para continuar el negocio

de mi padre y para alcanzar la cifra de beneficios que usted ha señalado a fin de que podamos retirarnos... Pero sufro al ver cómo se arruinan tantos pobres ilusos en beneficio nuestro.

E invariablemente Garrett, falseando la verdad, le respondía siempre. :

— Si insisto en rogarle que continúe usted al frente de esta casa es porque he de ser fiel cumplidor de la última voluntad de su padre.

La impostura no podía ser mayor, porque ya recordará el lector que precisamente la única preocupación de Jaime Blake era apartar a su hija del ambiente en que él había vivido. Pero la joven, aun cuando así lo había escuchado de labios de su padre, dió crédito a las palabras de Julio Garrett, que la hablaba constantemente del peligro de quiebra, de la ruina, de que no podía cerrarse el negocio, etc., datos falsos mediante los cuales él se embolsaba tranquilamente sumas fabulosas sin que Magda se diera cuenta.

La desdichada joven había intentado más de una vez mandar una carta a Luis sincerándose de su conducta y explicándole los vínculos que la unían al hombre que aquella noche moría en sus brazos, así como la explicación de la joya que del mismo había recibido ; pero las cartas venían siempre devueltas sin que siquiera Luis se hubiera dignado abrirlas. En tanto Jacobito las pasaba negras

con Julio Garret, porque cada vez que podía obtener una entrevista con Alicia el famoso caballero de industria terciaba en el asunto y desbarataba por completo todos sus planes... y se llevaba a la joven, orgullosa y contenta de poder ir de paseo o al teatro con un joven tan elegante y que sabía decir tan bellas frases de amor.

Alicia se disculpaba diciendo a Jacobito :

— Ya sé que es usted muy inteligente para darle importancia a estas cosas... Mañana saldremos de paseo. Hoy se me había olvidado que tenía compromiso con el señor Garrett.

III

Así las cosas, el padre de Luis, según su costumbre, se presentó cierta noche en la casa de juego disfrazada con el título de Bailey Club, y se disponía a jugar en su mesa preferida cuando el empleado de la casa le dijo en alta voz para que se enteraran todos los circunstantes :

— ¡No quiero jugar con usted, caballero!

— Esto es una ofensa — dijo Howard, indignado.

Al rumor de la disputa acudió Magda, y pronto alrededor de los que discutían formóse un nutrido corro que esperaba apasionadamente el desenlace de aquella cuestión.

Magda fué la primera en hablar :

— ¿Qué ha pasado, señor?

— Sencillamente, señora — dijo el empleado de la casa — que no quiero jugar con este caballero porque el Banco rechazó el último cheque que me entregó. Según dijeron, no habían fondos suficientes.

— Entonces, caballero, mi empleado tiene razón. No podemos arriesgar nuestro dinero contra cheques sin valor.

Howard, ante la vergüenza que acaba de correr, dijo altaneramente:

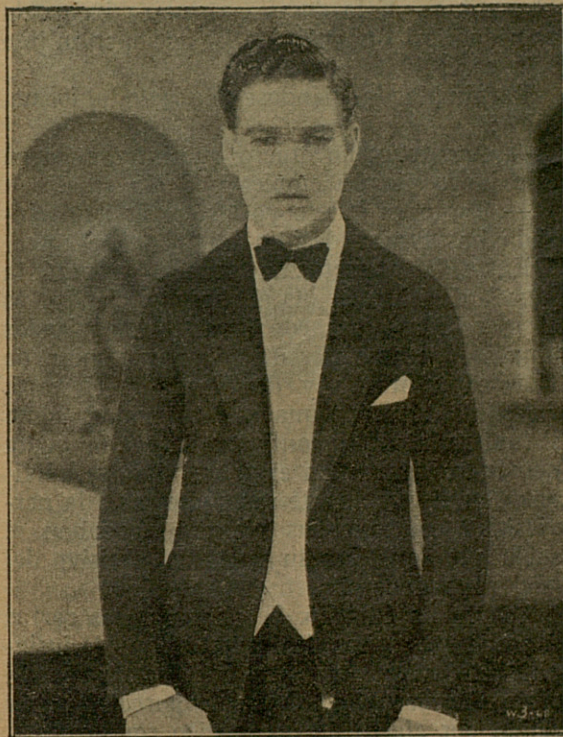
— Aquí tengo acciones petrolíferas que valen más de ciento veinticinco mil dólares. Me las juego todas, si alguien es capaz de aceptar semejante apuesta por igual valor... cosa que no creo.

Los que formaban el grupo quedaron pasmados de ver el rasgo de ciega pasión por el juego de que daba muestras aquel anciano, y Magda, para dar mayor prestigio a la casa de juego, replicó :

— ¡Acepto por igual cantidad!

Inmediatamente y cumpliendo órdenes de Magda, uno de sus empleados la entregó la suma de ciento veinticinco mil dólares, en billetes, y dispúsose ésta por última vez a disuadir al viejo padre de Luis de que jugara. Inútil es advertir que ella ignoraba que aquel caballero fuese el padre del hombre que nunca había dejado de amar.

— Le suplico a usted que no juegue, si no puede responder de la pérdida.



Luis interpretó mal la escena...

— Lo que usted tiene es miedo — dijo Howard. — Y la desafío a que se juegue la cantidad igual al valor de las acciones en una sola carta...

Por fin Magda, viéndose retada en tal forma, dijo :

— Acepto, y no quiero que intervenga en este juego ningún empleado de la casa.

— Tampoco quiero yo las cartas : una jugada basta para decidir.

Entre la expectación general empezó la jugada decisiva. Se oía el chocar de las cartas al mezclarlas unas con otras y las miradas afanosas de los presentes iban y venían de Howard a Magda y de Magda a Howard. En ella se advertía una gran serenidad, como si tuviera la entera confianza de que no podía perder la jugada. En el pobre viejo se adivinaba en el temblor de sus dedos y en la nerviosidad con que sus piernas golpeaban el suelo que aquel era su momento decisivo del cual todo dependía.

La jugada empezó. Se alinearon las cartas sobre la mesa. Las de Howard eran de insignificante valor, mientras que las de Magda eran triunfos todas... Ases que parecían haber salido por efecto de un mágico conjuro...

— ¡Ha habido trampa! — gritó Howard. — ¡Las cartas estaban marcadas!...

Así era tal vez. Pero la misma excitación del viejo le impedía demostrarlo cumplidamente. Sus manos crispadas cogieron las car-



— Me lo robas todo; las cartas estaban marcadas...

tas y las arrojaron al rostro de Magda, que sostuvo impasible la ofensa.

En aquel momento penetraron dos jóvenes poseídos de gran excitación. Uno era Jacobito y el otro el hijo de Howard, que con voz temblorosa, como de quien presiente una desgracia, preguntó a un criado :

— ¿Ha visto usted por aquí a un señor de edad, delgado y calvo?

— Sí, allí está — dijo señalando el grupo.

Rápido como el rayo Luis se abrió paso. En aquel instante su padre, congestionado y fuera de sí, gritaba arrojando las acciones petrolíferas al rostro de Magda :

— ¡Toma, mujerzuela, toma! ¡Aprovechate de tu trampa, me lo has robado! ¡Toma!...

Y Howard cayó inerte sobre la mesa de juego donde acababa de entregar el resto de su fortuna.

Cuando Luis se lanzó a sostenerlo, sólo abrazó un cadáver. Su padre había dejado de existir por efecto de la fuerte impresión recibida.

Y Luis, en su dolor de hijo, se encaró con Magda y la dijo :

¡Sólo tú eres la responsable! ¡Bien te conocí aquella noche!... ¡Has matado a mi padre después de robarle descaradamente!... ¡Maldita seas!

Magda no contestó, y dirigiéndose a sus criados les ordenó :

— ¡A la calle todo el mundo! ¡En esta casa acaba de jugarse la última partida!

VI

En tanto las asiduidades de Garrett para con Alicia iban en aumento, y el miserable jugador pensaba que dada la precaria situación en que se hallaban le sería fácil seducir a la joven, valiéndose de los mil halagos que bajo la forma de flirt ha inventado la sociedad moderna.

Siempre al acecho de cuantos incidentes le pudieran proporcionar la ocasión de visitar

a los Howard, Garrett se enteró de que Magda había tratado de devolver a Luis las acciones de la Sociedad Petrolífera que su padre había perdido en el juego, lo que le valió la oportunidad de ofrecerse a Magda para entregarlas a su hermana Alicia a fin de que las hiciera llegar a poder de Luis.

Garrett la insinuó que tal vez dando una fiesta en su casa y haciendo que a ella asistieran Alicia y Luis podría conseguir hablar con el joven y justificar su pasada conducta, devolviéndole al mismo tiempo las acciones petrolíferas que perdió su padre. El devolver las acciones era asunto que preocupaba tan vivamente a Magda, que muchas noches le quitaba el sueño.

Sin embargo, Julio Garrett continuaba realizando su plan, y como ejecutor testamentario de su socio Jaime Blake y no contento con las fabulosas ganancias que el garito produjo en el tiempo largo de su explotación, pedía frecuentemente sumas importantes en nombre de Magda y que el notario no vacilaba en entregarle, por creerle debidamente autorizado para retirarlas.

Luis por su parte trabajaba de firme para subvenir a las necesidades de su vida y de la de su hermana, a la que procuraba no echara de menos las comodidades que siempre la habían rodeado. Tanto Garrett como Jacobito continuaban frecuentando la casa. Jacobito no había perdido la esperanza de

que algún día Alicia le hiciera caso, aun cuando la joven, deslumbrada por el lujo y cautivada por las maneras de Garrett, demostraba por éste una marcada preferencia que irritaba a Jacobito, que esperaba resignadamente el día de la revancha.

Llegó el día de la fiesta, y los salones de Magda Blake relucían como ascua de oro. Sus más elegantes amigas y sus más mundanos amigos asistían a ella dándole el tono de una solemnidad social que daría largo tiempo que hablar a la prensa neoyorquina. Julio Garrett, dando una vez más pruebas de su refinada astucia, había convencido a Magda de que fuera él el encargado de devolver las acciones petrolíferas, y bajo pretexto de evitar a Magda un nuevo desaire por parte de Luis se embolsó tranquilamente los valores de los que esperaba sacar un doble partido.

En efecto, su primera ocupación fué mostrarlas a Alicia diciéndole que aquellos valores eran el primer paso para que ella reanudara su antigua posición de la que disfrutaba en vida de su padre, y la joven le rogó que las guardara él mientras se probaba nuevamente de convencer a Luis de que debía aceptarlas.

Sin embargo, el plan de ver a Luis Howard en su casa le resultó fallido a Magda, puesto que Alicia se presentó allí acompañada de Jacobito y escoltada como siempre por Garrett. La fiesta, dada la calidad de los invi-

tados, fué tomando un derrotero de franca orgía, y Magda temiendo por las asiduidades de Garrett respecto a Alicia la explicó que en vista del aspecto que tomaba la reunión y del que sólo sus amigos eran los responsables, que se trasladara en su auto a casa. Pero Alicia, que en su inexperiencia se hallaba bien en aquel ambiente, la replicó :

— No se preocupe usted, señora, que yo ya me basto para cuidarme... Nada tema.

— Perdóneme usted, jovencita; pero aun cuando usted tal vez me tome por una provinciana, he de decirle que entre licores y gente alocada no está usted en el mejor sitio, y como profeso a su hermano un sincero afecto por eso me he permitido advertirla...

— Guarde usted sus advertencias para mejor ocasión. Yo se las agradezco, pero las jóvenes moralistas no son de mi predilección.

Magda quedó algo confusa por la rápida y poco atenta réplica de la jovencita. Pero poco tiempo tardó en dar la realidad, que es la razón suprema, una réplica contundente a la excesivamente confiada jovencita.

Julio Garrett logró que Alicia le siguiera a uno de los saloncitos del piso superior, y ya allí empezó a poner en práctica sus artes de seducción.

— Lástima que una belleza tan tentadora se consuma de tedio... Si usted supiera lo que yo la quiero... Está ideal, monísima, avasallante, tentadora...

— Por favor, señor Garrett, repórtese. Estamos solos... ¿Por qué no volvemos al salón?

Peró el seductor, sin darla tiempo, quiso enlazarla con sus brazos y aproximar los suyos a los virginales labios de la joven.

Magda, que no perdía de vista a Garrett, recorría la casa en su busca, cuando oyó ruido de lucha en las habitaciones superiores. Cuando terminaba de subir la escalera oyó el ruido de un disparo. Penetró en la habitación y allí vió tendido en tierra y sin dar señales de vida a Julio Garrett. De pie y cerca del jugador se hallaba Alicia empuñando una pistola que ella reconoció como la que tenía guardada en uno de los muebles de la habitación.

Al momento advirtió Jacobito a Luis de que su hermana se hallaba en casa de Magda, y que viniera al instante a recogerla, pues algo había ocurrido.

La desdichada Magda, comprendiendo de sobra lo que hubiera podido ocurrir si ella no hubiera llegado a tiempo, concibió inmediatamente la idea de confesarse culpable.

Cuando la policía se presentó ella exclamó :

— Deténganme. Yo he sido la que he disparado. Hemos discutido por cuestión de intereses, y para defenderme he disparado.

En efecto : Magda había encontrado en el suelo un recibo de Julio Garrett por el que confesaba haber recibido del notario setenta y cinco mil dólares de la herencia de la joven.



Mi único deseo es abandonar esta vida y cerrar la casa de juego

Este detalle podía ser salvador para Magda, al mismo tiempo que la revelaba cómo procedía el ex socio de su padre. También se dió cuenta Magda de que las acciones que salían de uno de los bolsillos de Garrett tampoco habían sido entregadas por el miserable.

En aquel momento entró Luis, que sin recapacitar lo que podía haber ocurrido al ver en el suelo a Garrett, exclamó dirigiéndose a Magda :

— ¡Comprendo una vez más!... ¡Era una de sus víctimas, y ha mezclado a mi hermana en este asqueroso asunto!... ¡Mujerzuela despreciable!

En su corazón generoso Magda sintió el insulto, que soportó sin protestar siquiera. Todos los sufrimientos que le venían de parte de Luis los soportaba como castigo y expiación de su existencia pasada.

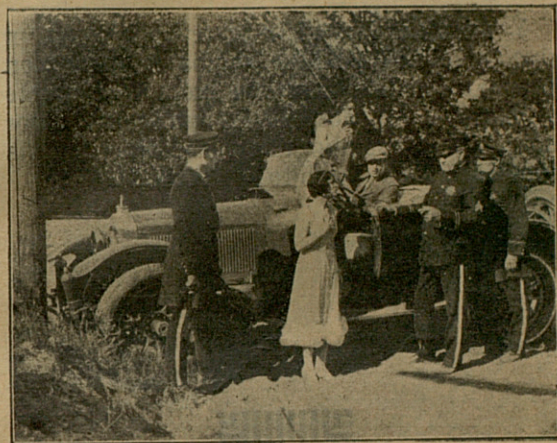
Dejaron a Jacobito al cuidado del muerto y ellos pasaron a otra habitación para ser interrogados por la policía. Entonces ante los ojos de Jacobito ocurrió algo insólito... El que suponían cadáver se irguió, y dando muestras de que sólo había recibido una contusión que le había producido un desvanecimiento, según podía apreciarse por un chichón mayúsculo en la frente, quiso tomar las de Villadiego. Pero allí estaba Jacobito ansioso de la revancha, y el simpático joven, a puñetazo limpio, le mantuvo a raya hasta que penetró la policía en la habitación y lo detuvo.

Magda, mostrando a la policía las acciones y los recibos de cantidades cuyo cobro ella ignoraba, dijo a los agentes :

— Pueden ustedes detenerlo sin escrúpulos. Puedo probar con estos documentos que es un perfecto ladrón.

Y la joven dirigió una mirada de súplica a Luis. Este, que ya estaba enterado por su su hermana Alicia del sacrificio que intentaba realizar la joven confesándose culpable, la dijo :

— Perdón, Magda, y gracias por haber intentado salvar a Alicia, diciendo que usted había disparado. Empiezo a comprender que



Magda se declara culpable para salvar a Alicia.

nunca supe interpretar ni sus palabras ni sus acciones.

— Así es, en efecto, Luis. El infame Garrett, al no dar cumplimiento a la orden de mi padre de cerrar la casa de juego, ha sido el causante de las desdichas que a usted le han afligido y a mí me han ocasionado tan acerbos dolores, que jamás creí que pudiera reconquistar mi felicidad.

— Pero hoy que la aprecio a usted en su justo valor y que sé de su inocencia y de su amor por mí, la suplico se sirva aceptar mi nombre y reanudemos aquel idilio en mal hora interrumpido.

Y mientras la policía se retiraba y en un rincón del salón Alicia besaba la mano con que Jacobito había puesto fuera de combate a Garrett, los dos novios jurábanse amor eterno. Y a la sombra de su gran amor florecía también el de Jacobito y Alicia...



BIBLIOTECA TRÉBOL

TÍTULOS DE LOS CUADERNOS PUBLICADOS

31. Al borde del desierto, por Charles Jones.
32. De vaquero a millonario, por Hoob Gibson.
33. Leal, por Tom Mix.
34. Las cuitas de una desposada, por Mildred June.
35. Bandolero por sport, por Tom Mix.
36. Los siete pecados capitales, por Margaret Livingston.
37. El vaquero y la condesa, por Charles Jones.
38. El deber contra el vicio, por Tom Mix.
39. Lobo de monte, por Charles Jones.
40. Ricardito enamorado, por Ricardito Talmadge.
41. El relámpago de Calgary, por Hoob Gibson.
42. Rectitud y valor, por Charles Jones.
43. La mariposa dorada, por Alma Rubens.
44. El traje de etiqueta, por Reginald Denny.
45. El caballero de Arizona, por Hoob Gibson.
46. La luz del cariño, por Tom Mix.
47. Juramento de soldado, por Charles Jones.
48. El toro bravo, por Fred Thompson.
49. El dueño negro, por Ricardito Talmadge.
50. Un vagabundo generoso, por William Desmond.
51. Ricardito hombre de negocios, por Ricardito Talmadge.
52. Puños y cascos, por Tom Mix.
53. El nuevo campeón, por William Fairbanks.
54. Puños y corazón, por Frank Merrill.
55. Un hombre de temple, por Reed Howes.
56. Defendiendo lo suyo, por Jack Hox'e.
57. Cuando la mujer quiere, por Pauline Frederick.
58. El último combate, por Milton Sills.
59. La manía de la velocidad, por Tom Mix.
60. Sombra siniestra, por John Gilbert.
61. Rin-tin-tin y los lobos.

PRECIO: 25 CÉNTIMOS
